

Monografía GAMMA

HA LLEGADO EL MOMENTO
DE LA PSICOHISTORIA

José Antonio Marina

Noviembre 2022

www.joseantoniomarina.net

Contenido

Ha llegado el momento de la psichistoria 3

El abordaje desde la historia 3

La solución viene del Este 7

La Ciencia de la evolución de las culturas como síntesis..... 8

Ha llegado el momento de la psicohistoria

Parece evidente que las sociedades deberían comprender lo que hacen y lo que les pasa para aprender a tomar mejores decisiones. Para ello necesitan conocer la actualidad, sin duda, pero interpretándola con dos grandes herramientas científicas: **la Historia y la Psicología**. Alguien podría aducir que también son necesarias la Sociología, la Economía, la Filosofía, etc. Por supuesto, pero la única forma que se me ocurre de poder integrar esos conocimientos es no pretender estar al día de sus últimos hallazgos, sino entender por qué han nacido, cómo han evolucionado, qué intereses o aspiraciones humanas intentan satisfacer, y hasta donde podemos fiarnos de ellos. Eso puede -y creo que debe- hacerlo una nueva ciencia que sintetice la Historia y la Psicología, y, a partir de ellas, todas las demás disciplinas. **La he denominado *Ciencia de la evolución de las culturas*, aunque podría llamarse también *Psicohistoria***, si esta palabra no estuviera ya un poco manoseada.

El pasado siglo, la “Psicohistoria” apareció con frecuencia en variados contextos académicos, sin que llegara a consolidarse como ciencia. Los numerosos tanteos manifestaban una necesidad que nadie sabía cómo satisfacer. Se vislumbraba un seductor dominio de conocimientos, al que no se sabía cómo acceder. A veces se intentó hacerlo desde la Historia y otras desde la Psicología, pero esta prometedora convergencia no ha dado lugar a una síntesis convincente. Intentaré explicar la razón de ese fracaso y la solución que propongo.

El abordaje desde la historia

Desde el Panóptico observo con asombro la historia de la Historia. La tenacidad hiperactiva con la que, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, ha buscado su lugar en el mundo del conocimiento. El modelo antiguo -historias políticas, militares, biografías de personajes relevantes- se resquebrajó. Los historiadores comenzaron a estudiar otras cosas: los censos, las herencias, los precios, el clima, la demografía, las creencias, las costumbres, la alimentación, los sonidos, la fatiga, las sociedades, las culturas. Más aún, se intentó conocer las vivencias individuales que estaban en el origen de los acontecimientos: las mentalidades. Había un permanente “jeux d’échelles” en la que se saltaba del telescopio al microscopio con envidiable soltura.

Alrededor de 1900 había muchas señales de que la historia clásica -reinos, reyes y batallas- se estaba quedando pequeña. En 1893, **Henri Berr** lanzó la idea de la Historia como gran ciencia de síntesis, una ciencia de las ciencias que avanzaría gracias a la psicología histórica. En 1924, **Pierce L. Clark** utilizó la palabra “Psicohistoria” en el título de un tratado sobre la sexualidad en el arte griego: *A psychohistorical study of sex balance in Grek art* y volvió a usarlo en su siguiente obra: *A psychohistorical study of Akhenaton, first idealist and originator of monotheistic religion*. Pero el tema no cuajó. Más de treinta años después **W.L. Langer**, a la sazón presidente de la *American Historical Association*, dijo en su discurso presidencial: «Yo no pretendo que los conocimientos

psicológicos puedan resolver todos los problemas del historiador. Pero me concederán ustedes que todavía existen posibilidades, no utilizadas, de enriquecer y ampliar nuestra comprensión del pasado. Y tampoco me negarán que es responsabilidad nuestra el no dejar inexplorada ninguna de esas posibilidades”.

A partir de los años 60, Lucien Febvre, Marc Bloch, Robert Mandrou, Philippe Aries, George Duby, Jacques Le Goff y otros grandes historiadores franceses relacionados con la revista *Annales* volvieron a pedir que la Psicología se introdujera en la Historia. Febvre, insistiendo en la necesidad de hacer una **“Historia de las emociones”**. Georges Duby proponiendo que la historiografía debía estudiar: “las respuestas que las distintas sociedades habían dado a la interrogación permanente del hombre sobre el universo y sobre su destino”. **Le Goff** defendiendo la historia de las mentalidades que “se sitúa en el punto de conjunción de lo individual con lo colectivo, de lo consciente y de lo inconsciente”. Desdeñaron **“l’histoire événementielle”**, la que contaba hechos, para estudiar las creencias, las historias minúsculas, descubriendo fuentes de información hasta entonces desdeñadas. **Michel Vovelle** quiso precisar el problema de la “descristianización” valiéndose del estudio de las actitudes ante la muerte, tal como se expresaban en los testamentos. Analizó unos 30.000. Prestó atención a las referencias a los santos patronos protectores, al número de misas que el testador deseaba que se dijeran por el reposo de su alma, a las disposiciones para los funerales y hasta a las dimensiones y cantidad de los cirios que debían emplearse en la ceremonia. (**Vovelle, M. Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle. Les attitudes devant la mort d’après les clauses de testaments, 1973**). **Emmanuele Le Roy Ladourie** aprovechó los interrogatorios de la Inquisición a los vecinos supuestamente cátaros del pueblo de Montailou, para reconstruir la vida de una época. En un instructivo libro, **Peter Burke** ha descrito la transformación que experimentó la historiografía en Francia, alrededor del grupo de *Annales*. El final del libro es triste. A pesar de la brillantez y originalidad de sus protagonistas, *Annales* se fue desdibujando poco a poco. (**Burke, P. La revolución historiográfica francesa, Gedisa, 1999**). La Psicohistoria de alejaba de nuevo. El interés por comprender la historia desde la Psicología no se limitaba a estos autores. Siguiendo su personal camino, **Norbert Elias**, el autor de *El proceso de la civilización*, libro de éxito tardío, quiso reconciliar sociología, psicología e historia. “Toda investigación que quiera entender la conciencia de los hombres, su “ratio” o sus “ideas” sin considerar al mismo tiempo la estructura de los impulsos, la orientación y la configuración de los sentimientos y de las pasiones, solo conseguirá resultados limitados, puesto que ignorará necesariamente gran parte de lo que es imprescindible para la comprensión de los seres humanos” (p. 494). Su enfoque es interesante, pero parcial. Se centró en el estudio de los sistemas de autocontrol fomentados por la civilización cortesana.

En los años 80, **Lloyd deMause** volvió a impulsar la Psicohistoria y fundó un Instituto internacional dedicado a su estudio. Prestó gran interés a la historia de la infancia y al modo como la educación había determinado la marcha de la humanidad. “Cada generación -escribió- inicia de nuevo con bebés puros, deseosos, con fe y dispuestos a amar y crear un nuevo mundo. Y cada generación de padres tortura, maltrata, abandona y domina a sus hijos hasta convertirlos en adultos emocionalmente minusválidos que repiten de manera casi idéntica la violencia y el dominio social que existió en previas décadas” (**deMause, Lloyd; Emotional Life of Nations, Karnac, Nueva York,**

2002, p. 97). Recibió muchas críticas y se le acusó de falta de rigor. No consiguió que su proyecto fuera universalmente aceptado.

¿Por qué ese interés de los historiadores por introducir la psicología no cuajó?

Creo que los historiadores que lo intentaron carecían de una buena teoría psicológica en la que apoyarse. Muchos de ellos, fascinados por la brillantez de Freud, pensaron que el psicoanálisis era la gran herramienta, lo cual era un error. Ni la teoría era válida ni era posible aplicarla a la información pasada. Por otra parte, se manejaban conceptos poco claros, por ejemplo, el de “**mentalidad**”, que se solapaba en parte con “**ideología**” y en parte con el “**imaginario colectivo**”, también poco claros (Durand, G., *L’imaginaire. Essai sur les sciences et la philosophie de l’image*, Hatier, 1994, p. 77). La Historia se hizo más social. Al considerar que la sociedad era fundamentalmente un sistema creador de símbolos, **apareció la Historia cultural**. Roger Chartier, uno de sus creadores, explica este paso: la historia cultural “regresa” a lo social ya que fija su atención sobre las estrategias simbólicas que determinan posiciones y relaciones y que construyen, para cada clase, grupo o medio, un ser percibido constitutivo de su identidad”. **La Nueva historia cultural es la “historia de la construcción de significados y símbolos”**. Es evidente que la “creación de símbolos” es una función psicológica, de manera que la Historia volvía a acercarse a la Psicología. Pero de nuevo se desvió, porque se interesó por el análisis de los significados, de la cultura objetiva, y no por su genealogía psíquica. Apareció la moda del “**constructivismo social**”. Todo era una invención, una creación subjetiva: la Historia, las naciones, los pueblos, el sexo, el hombre. **Apareció una cultura líquida y una historia líquida también**.

Todavía asistimos a un último giro de acercamiento a la Psicología. Los cultivadores de la Historia cultural tenían que estudiar el modo como los distintos grupos de una sociedad crean y recrean significados propios a partir de una realidad común.

Los mantenían en su memoria, que es una especie de archivo personal de la historia. Recuperaron los trabajos de **Maurice Halbwachs** acerca de la memoria colectiva con el fin de comprender de manera más clara los procesos por medio de los cuales la memoria de un grupo termina convirtiéndose en discurso historiográfico. No es tan sencillo, porque las memorias individuales sobre un mismo hecho son diferentes. Se plantea así un arduo problema: **¿cómo pasar de la memoria individual a la memoria colectiva y de la memoria colectiva a la Historia como relato objetivo?** Pensemos en la guerra civil española. Cada persona vivió un fragmento de ella. Nadie la vivió en su totalidad. ¿Cómo, entonces, podemos hablar de esa totalidad?

Creo que esa pregunta no pueden responderla ni la Historia ni la Psicología, sino la Psicohistoria, o dicho en expresión larga, *la Ciencia de la evolución de las culturas*.

El abordaje desde la Psicología

La segunda mitad del siglo XX fue escenario de una expansión de la Psicología que colonizó otras disciplinas científicas. Se ha dado, por ejemplo, un “giro emocional” en Economía, con la aparición de

la “economía conductual”, premiada con el Nobel en varias ocasiones. La Sociología y la Antropología también se acercaron a ella. Desde Durkheim muchos sociólogos han pensado que en último término la sociología se reducía a psicología. **Durkheim** admitía que “las necesidades y deseos que determinan la formación de las sociedades han emanado del individuo; y, si todo viene de él, necesariamente todo ha de ser explicado por él, de aquí que las leyes sociológicas sólo puedan ser un corolario de las leyes psicológicas generales”. Por eso, no ve inconveniente «en que se diga de la sociología que es una psicología [...]», pero, eso sí, «siempre que se tenga cuidado de añadir que la psicología social tiene sus propias leyes, que no son las de la psicología individual» (**Durkheim, E., El suicidio, Akal, 1992: 341-2**). También Lévi-Strauss pensaba que la sociología es sólo una etapa de la psicología. La “**psicología política**” también está en auge, sobre todo en lo que respecta a la psicología electoral.

Los antropólogos -Ralph Linton, por ejemplo- o Kardiner, desde la sociología propusieron la noción de “**personalidad de base**”, es decir las semejanzas psicológicas que en un grupo social produce la asimilación de una cultura. El problema que hemos visto planteado desde la historia, resurge ahora desde la Psicología: **cómo pasar de lo íntimo a lo social**. La **Psicología social** parece la encargada de resolver esta cuestión, pero también tiene una historia agitada. Se llega a ella desde la Psicología o se llega a ella desde la Sociología. Estudia las regularidades de la conducta humana individual que surgen de la interacción o estudia la psicología de las colectividades, de los pueblos, de la masa. Por razones que luego explicaré me interesa especialmente la obra de **Max Weber**, que señaló como objetivo de la Sociología “**la certidumbre en la comprensión de la acción**”. Para él el punto de partida era la “acción humana” como “actividad significativa para el agente”. Define la “acción social” como «aquella conducta en la que el significado que a ella atribuye el agente o agentes entraña una relación con respecto a la conducta de otra u otras personas y en la que tal relación determina el modo en que procede dicha acción” (*Economía y Sociedad*, F.C.E, 1964, p. 6 y 22). Sin embargo, niega que la Psicología sirva para comprender la acción. “Cuando un hombre delibera de modo racional... su acción no se hace ni un adarme más inteligible si traemos a colación consideraciones “psicológicas”. Y es precisamente sobre esta base de supuestos racionales sobre la que la sociología (incluyendo a la economía) construye la mayoría de sus “leyes”» (**Weber, M. Acción social: ensayos metodológicos, Península, 1984, pp. 33-34**). La psicología social, por ejemplo, la de Daniel Kahneman, ha negado que se pueda identificar “acción humana” con “acción racional”. Crespo Suarez al final de su revisión de la historia de la Psicología Social llega a una conclusión escéptica: “No hay una realidad histórica que unifique a la Psicología social” (**Crespo Suarez, E. Introducción a la Psicología Social, Editorial Universitas, 1995**).

En cuarto de siglo transcurrido desde que se escribieron esas palabras ha habido contribuciones muy valiosas a la Psicología Social, que sin duda la Historia debe aprovechar, pero que a mi juicio adolecen de una gran heterogeneidad.

El acercamiento de la Psicología a la Historia se intentó también mediante el análisis psicológico de personajes históricos, como **Erik Erikson** en su biografía del joven Lutero (**Young Man Luther: A Study in Psychoanalysis and History** (1958), pero a pesar de su éxito, me parece un intento

científicamente fallido, por su orientación psicoanalítica. Muchos historiadores han pretendido escribir la Historia desde abajo, desde la gente corriente, no desde los grandes personajes. Ginzburg reconstruyó el sistema de valores y el mundo interior de un molinero del siglo XVI a partir de las actas del proceso inquisitorial al que éste fue sometido ([Ginzburg, C. El queso y los gusanos: el cosmos de un molinero del siglo XVI, Muchnick, Barcelona, 1991](#)). Natalie Davis contó en [The Return of Martin Guerre](#) (Harvard University Press, 1983) la historia de Martin Guerre, un campesino francés que abandonó casa y mujer y que regresó al cabo de muchos años cuando la esposa ya tenía otro compañero. Utilizando la historia de un personaje concreto, la autora explora y recrea el mundo campesino de la Francia moderna y hace una incursión dentro del mundo femenino de la época cuidando en todo momento los distintos aspectos de la narración. Un intento más ambicioso de pasar de la psicología individual a los acontecimientos históricos lo representa la *prosopografía*, que estudia la biografía de los miembros de un grupo protagonista de un acontecimiento. Eso hizo por ejemplo Lewis Namier estudiando la biografía de los parlamentarios ingleses presentes cuando George III accedió al poder. ([Namier, L. Structure of Politics at the Accession of George III, London 1929](#)).

Todos estos esfuerzos, valiosos y en ocasiones fascinantes han ido cercando un dominio codiciado pero esquivo. ¿Podremos alguna vez conquistarlo?

La solución viene del Este

En mi opinión la vía para la solución la dio un genio psicológico -[Lev Vygotsky](#)- al relacionar las funciones psicológicas con una creación histórica: **la cultura**. No es que la mente humana creara el mundo simbólico de la cultura, cosa de sobra conocida. Es que, a su vez, **la cultura crea las funciones mentales**. Aparece como central la idea de co-evolución. Vygotsky había comenzado estudiando el desarrollo infantil, el gran tema de investigación de Piaget. Pero mientras Piaget veía este desarrollo como un proceso madurativo a través de etapas fijas, poco influidas por la cultura, Vygotsky pensaba que la cultura recreaba las funciones mentales. Por ejemplo, el aprendizaje del lenguaje rediseña la inteligencia del niño, cuya función principal es dirigir la acción. Algunas culturas no consiguen desarrollar la capacidad de abstracción de sus miembros o de inventar situaciones fantásticas.

Como la cultura es una creación histórica esto supone introducir la Historia en la Psicología y no al revés. La mente humana es una creación histórica. Las investigaciones pioneras de Vygotsky han sido prolongadas por la “psicología evolucionista”, término popularizado por Jerome Barkow, Leda Cosmides y John Tooby, en su influyente libro [The Adapted Mind: Evolutionary Psychology and the generation of Culture](#) (1992). [Heinrich, Richardson, Boyd, Tomasello, Laland](#), y otros investigadores han estudiado la **coevolución de la biología y la cultura**. Simplificando mucho, sostienen que los genes han seguido a la cultura y no al revés. Pondré un ejemplo. En la India, los fuertes prejuicios tradicionales que desaconsejan a los miembros de una casta relacionarse con los de otras han tenido como consecuencia una diferenciación genética muy apreciable ([REICH, D. Et al. “Reconstructing Indian population history”, Nature, 2009, CCCCLIX, 480-494](#)).

Otra línea de investigación convergente la proporciona la “**psicología cultural**”, que estudia el modo como las culturas diferencian a los humanos, hasta el punto de que algunos autores niegan que podamos referirnos a una misma especie. En el año 1996 **Michael Cole** publicaba su libro **Psicología cultural. Una disciplina del pasado y del futuro** (Cole, 1996). Un enfoque distinto, aunque en la misma línea es la **Psicología intercultural**. Mientras que la Psicología cultural se interesa por mostrar que las culturas modelan las funciones mentales, la Psicología intercultural estudia como las funciones mentales son semejantes en todas las sociedades.

“La Psicohistoria tiene así un objetivo claro: estudiar la co-evolución humana, el modo como la inteligencia crea cultura y la cultura recrea la inteligencia de la que procede, lo que he denominado el bucle prodigioso. Este acelerado repaso a los avatares de la Historia y de la Psicología pretendían solo justificar el título de este artículo: Ha llegado el momento de la Psicohistoria.”

La Ciencia de la evolución de las culturas como síntesis

La *Ciencia de la evolución de las culturas* -el nombre expandido de la Psicohistoria- comienza en la aparición de la especie humana. La evolución del cerebro amplió la capacidad de aprendizaje y la sociabilidad. La aparición de la función simbólica fue un paso decisivo en este proceso. En esto tiene razón la “psicología evolutiva” por un lado y la Historia cultural por otro.

A mi juicio los esfuerzos convergentes desde la Historia y desde la Psicología no llegaron a una síntesis porque no ponían el foco en lo esencial: **la acción humana, que crea cultura y es influida por la cultura**. Max Weber si lo hizo, pero no acabó de entender el papel de la Psicología. El estudio de la acción supone conocer las motivaciones, las aspiraciones, las dificultades, la toma de decisiones individuales y sociales. Y esto implica, por supuesto, conocer también las creencias, las ideas, que influían en la conducta. Las dificultades para considerar la acción individual y colectiva el objeto principal de la Psicología ha imposibilitado durante decenios la constitución de una Psicohistoria. El conductismo -centrado en la conducta humana- no estudio los fenómenos cognitivos ni los afectivos. La psicología cognitiva que la sucedió, no estudiaba las emociones. Al final estas fueron estudiadas por la psicología, pero sin acabar de relacionarlas con la acción, porque la idea de voluntad había desaparecido. En este momento ha sido recuperada al estudiar las “**funciones ejecutivas**” lo que nos permite una visión de síntesis inexistente hasta ahora. Pondré un ejemplo. **Dan Sperber**, un gran especialista en ciencias cognitivas ha criticado los ataques que recibieron autores como **Malinowski** por afirmar que los fenómenos culturales deben explicarse en parte mediante consideraciones

psicológicas. Pero señala su diferencia con Malinovski: “Mientras que él ponía el acento sobre la psicología de las emociones, yo me inclinaba del lado de la cognición” (Sperber, D. *La contagion des idées*, Odile Jacob, Paris, 1996, p. 80). Separar las emociones de las cogniciones sólo tiene sentido cuando se ha eliminado la acción como objetivo fundamental de la investigación.

La acción humana está impulsada por las necesidades, deseos y emociones humanas. Un pequeño grupo de estas motivaciones son compartidos por todos los humanos, al igual que las funciones cognitivas básicas. La *Psicología cultural* en su deseo de enfatizar el papel de la cultura niega que por debajo de ella exista una “naturaleza humana”. Los argumentos en contra dados por Steven Pinker en *La tabla rasa* (Paidós, 2018) me parecen convincentes. Lo importante es definir la especie humana como híbrida de biología y cultura, de naturaleza e historia.

A partir de esas características básicas universales, los humanos se enfrentaron a entornos diferentes que planteaban retos distintos, a los que dieron soluciones variadas, que fueron diferenciando cada vez más las culturas. Es bien sabido que cuando un grupo se separa de otro sus lenguas acaban diferenciándose hasta impedir la comunicación entre ambos. Los cambios son lentos pero acumulativos. Lo mismo sucedió con la pigmentación de la piel, el paso de la piel oscura originaria a los diferentes colores actuales fue haciéndose por lenta presión del entorno. **Entiendo por cultura el conjunto de soluciones que cada grupo social ha dado a problemas comunes.** Pondré un ejemplo. Felipe Fernández Armesto, en su libro *Civilizaciones. La lucha del hombre por controlar la naturaleza*. (Taurus, 2002) ha estudiado cómo los humanos se las han arreglado para sobrevivir en entornos extremos: el frío ártico, los desiertos abrasadores, las estepas incultivables. Las condiciones exteriores han exigido soluciones diferentes que han producido modos de vida diferentes también. Sin embargo, las necesidades, los deseos, las facultades cognitivas básicas son análogas, aunque hayan evolucionado de manera distintas. Como señaló un gran antropólogo, Clifford Geertz, “los problemas son universales, pero las soluciones son locales”. Esto explica las analogías y las diferencias de las culturas. Nos permite comprender culturas lejanas y también comparar las soluciones. **Este es el núcleo duro de la Ciencia de la evolución de las culturas.** Los sistemas políticos, económicos, emocionales, religiosos, sociales han ido evolucionando a lo largo del tiempo y al mismo tiempo lo han hecho los modos de pensar o de sentir. **Somos productos de un doble genoma: biológico y cultural.**

Estudiar esta doble evolución es el objetivo de la Ciencia de la evolución de las culturas, de la Psicohistoria triunfante, que nos permite comprender mejor a los seres humanos, sus creaciones culturales y los acontecimientos históricos, incluidos, claro está, los actuales. Entender culturas lejanas es indispensable en un mundo globalizado. Conocer la genealogía de los modos de vida nos permitirá distinguir lo relevante de lo irrelevante, lo esencial de lo accidental. Nos permitirá también estudiar los mecanismos que nos han hecho progresar y los que nos han hecho retroceder, como he intentado hacer en Biografía de la inhumanidad y El deseo interminable. La profunda utilidad que tendrían estos conocimientos para aumentar nuestra capacidad de resolver problemas me lleva a insistir en la necesidad de elaborar la Ciencia de la evolución de las culturas, e introducirla como asignatura obligatoria en todos los niveles educativos, incluido el universitario.